

HASTA VEINTE

José Manuel Ruiz Varo

No son aún las cinco menos veinte de la tarde en Ramala y ya Hasam está acostando a su hijo de diez años, Farid. Hace ya varios días que no paran de sufrir bombardeos y algunas casas han sido incendiadas con todos sus ocupantes dentro.

Hasam tiene miedo, pero intenta aparentar normalidad para no preocupar a su hijo. No puede dormir, el miedo le embriaga. Ya es casi medianoche y se escuchan de nuevo los aviones, solo le queda pedirle a Alá que vele por la vida de su hijo, la suya no es tan importante. De repente se abre la puerta del dormitorio, es Farid.

- Papá, no puedo dormir con todo ese ruido fuera.

- Es el señor Aarab, que está de fiesta con su señora y no paran de lanzar fuegos artificiales y petardos, mañana tendré que hablar con él porque llevan toda la semana igual. Esto ya se pasa de castaño oscuro.

- ¿Fuegos artificiales? ¡Voy a verlos! – gritó Farid, mientras corría a asomarse a la ventana.

Hasam se levanta de un salto y acude a su hijo Farid, el ruido puede reventar los cristales.

- Vámonos a dormir, que es tarde.

Hasam no puede evitar asomarse a la ventana y ver las bombas caer. Ve como en la puerta de la casa de sus vecinos, los Aarab, se

sitúa un grupo de hombres enmascarados. Hasam sabe lo que eso significa. Esos hombres se disponen a entrar en la casa de su vecino. No tardará mucho tiempo para que la suya sea el objetivo de esos hombres.

Farid ya está tumbado en la cama de su padre pero sigue despierto. De repente se escucha un grito de la señora Aarab.

- ¡Menuda fiesta tienen al lado! ¡Así no hay quien duerma!

Farid empieza a sentirse molesto con sus vecinos.

- Farid, juguemos a un juego, ¿vale?

- ¡Sí!

- Se llama el escondite. Es fácil: yo cuento hasta veinte y mientras tú tienes que correr a esconderte. Cuando termine voy a buscarte. ¡Pónmelo difícil porque todavía nadie me ha ganado en este juego!

- Ya verás como yo puedo - dijo Farid que ya ha perdido el poco sueño que le quedaba.

- Venga, vamos a jugar.

Hasam abrazó fuerte a su hijo sin poder evitar llorar. Sabía que sería la última vez que lo iba a ver.

- Antes que nada debes saber una norma muy importante, por mucho ruido que escuches no debes salir de tu escondite. Ahora corre a esconderte que empiezo a contar.

Hasam cierra los ojos y Farid sale corriendo a esconderse.

- Uno, dos, tres, cuatro...

Desde la planta baja se escucha como unos hombres han derribado la puerta principal.

-... Cinco, seis, siete, ocho...

Las bestias gritan en busca de sangre.

-... Nueve, diez, once, doce...

Empiezan a subir las escaleras

-...Trece, catorce, quince, dieciséis...

Ya están a las puertas de la habitación.

-...Diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte.

Las bestias entran en la habitación y sin mediar palabra el primero de ellos dispara a Hasam en la frente. Parece que las bestias se han saciado y, llenos de euforia, salen de la casa ya destrozada.

Las luces del alba se cuelan por la ventana rota de la habitación iluminando el cuerpo inerte de Hasam. Farid ha ganado el juego. Ha conseguido permanecer escondido. El joven ganador se despierta, se quedó dormido justo después de que esos hombres huyeran. Sale de su escondite y contempla a su padre empapado en su propia sangre sobre la cama. Con lágrimas en los ojos solo se atreve a abrazar a su padre en un intento porque éste le abrace también.

Palestina ya lleva tiempo jugando a este juego y los palestinos llevan muchos años escondidos esperando a que la diplomacia internacional le ponga fin.